

hojas sus nervios de coral vivo, trémulos aún y susurrantes. El fondo de todo esto era una tinta azulina, translúcida, frecuentemente velada por girones de encaje níveo, como algunos cielos de las acuarelas encantadoras de Ramos Martínez.

Por aquellas interminables naves de árboles corrían familias enteras en bicicleta; una vimos compuesta de la abuela, la mamá, las tías y cuatro muchachas que pedaleaban con una agilidad capaz de dar envidia á los Sarre, los Pastor ó los Zaldívar. Las mujeres de Baltimore tienen fama de hermosas; previo un examen cuidadoso de las que pudimos ver en el *Druid Park*, declaramos que esa fama era muy merecida.

Esa misma noche hablábamos de todo ello en nuestro hotel neo-yorquino.



ARTE

Escenario.—Un ascensor de nogal con reja dorada, espejo, sofá, alfombras, lámpara; va á subir.—*Personas:* Un cubano méxico-yankee; tres primos (nosotros); el conductor, personaje mudo.

El Cub-mexi-yank.—¿Pero ustedes no han ido al museo metropolitano? . . .

Efectivamente no habíamos ido.—El conductor cierra la puerta, toca un botón eléctrico . . .

Nosotros á una.—No. (El ascensor parte.)

El C. M. Y.—Pues pasado mañana se cierra.

Nosotros.—Iremos mañana (llegamos á nuestro tercer piso), iremos (salimos del ascensor con profunda emoción).—Estábamos á punto de no visitar el Metropolitano. (¡Horror!) Gracias, amigo, gracias; sin usted . . .

El C. M. Y.—Hay riquísimas colecciones de arte aquí, en Boston, Filadelfia, en Chicago mismo. Los *yankees* han encarado prodigiosamente el artefacto artístico (perdonen ustedes) pagándolo con el equivalente en oro de sus insolentes vanidades de advenedizos. Para estos hombres lo mejor es lo más caro, y

cubren de millaradas de dollars una tela, para ponerla fuera del alcance del millonario de enfrente. Pues bien, este mismo *facistol* que, por darse tono, aglomera en sus galerías los mejores cuadros de las escuelas modernísimas y algunos excelentes de las escuelas de antaño, y que, gracias á que los modelos supremos del arte están ya recogidos y puestos fuera del comercio, no los ha traído á los Estados Unidos remolcados por sus billetes de banco; este mismo palurdo sumergido ayer en el gran océano de la humanidad que suda y trabaja con sus manos, y que, todavía negro con el carbón de su mina ó hediendo á petróleo ó chorreando grasa de puerco, se yergue de improviso en plena civilización y en pleno lujo y en plena dominación, y se encasqueta su corona de rico, dorada á fuego en los resplandores divinos del arte; éste no tiene inconveniente, por una furibunda, pero admirable vanidad, en regalar su galería á un Museo en su ciudad natal. Y por estos regalos el *Metropolitano* de Nueva York es el mejor montón de obras de arte que hay en América. Allí tienen ustedes colecciones que han costado centenares de miles de dollars, donadas por Miss Hellen Gould, por Catarina Lorillard etc, con espléndida y noble longanimidad. Cuadros hay, entre los regalados al Museo, que han costado bastante más que sesenta mil pesos, como el *Friedland* de Meissonier.

Supóngase cuánta sería nuestra nerviosidad cuando, al día siguiente, á las ocho de la mañana, nos encontramos en una ala del *Central Park*, al pie de un obelisco de sienita, amarillento de siglos y cacarizo de rojizos hieroglifos: se llama *la aguja de Cleopatra*. Hicimos una libación mental en honor de esta señora que, á pesar de ser fea, fué la mujer de más gancho que ha coqueteado en la historia, y, armados de sendos catálogos, penetramos en el *Museo*.

¿Vimos el salón de escultura moderna? No sé. ¿Me fijé en el S. Juan, de Rodín, que había sido la última recomendación de Jesús Contreras cuando partí de México? No recuerdo; una vaga mancha blanca producida por un mármol enérgico y doloroso, es todo cuanto guardo en mi memoria.

Un olor de tumba muerta (¡ay de mí, qué frase absurda acabo de estampar!), un olor de tumba muerta me atraía; entramos en el departamento de arqueología oriental: momias, ataúdes de momias con la imagen del muerto en sendas tapas pintarrajeadas: ¡qué ojos los de esas imágenes! ¡blanca como la eternidad la esclerótica, negra como el abismo la pupila! Sarcófagos, reliquias, talismanes, idolillos, vasos, vasijas de barro, de opaco vidrio verde, esmaltes de todos los colores, perfumeros de todos los estilos, todo eso estaba allí, todo robado al sepulcro. Hace cuatro ó cinco mil años que las tumbas egipcias están siendo saqueadas por los bandidos de la barbarie y los de la civilización, y no se agotan. Aquel adorable pueblo reía y bailaba, pensando sin cesar en la muerte y eternizándola en todas las formas de la materia y del arte; digo mal, lo que pretendía eternizar era la vida. Todo su afán de momificar los cadáveres, de rodearlos de los utensilios y de las representaciones de esta vida, tenía por objeto perpetuarlos en ultratumba por medio de fórmulas mágicas; ¡oh! no morir, seguir viviendo, prolongar indefinidamente la existencia, eso era lo que el egipcio quería, y por ello suspiraba desde el *amenti* una bella señora cuyo epitafio ha sido reproducido en cuanto libro se ocupa en la historia religiosa del Valle del Nilo.

Magnífica, única, es la colección de cacharros, idolillos y objetos fenicios recogidos por Cesnola en Cypre y donados al *Metropolitano*. Pasamos. En casi ninguno de ellos hay arte, hay industria; han sido reproducidos por la stampa todos; en un volumen de la monumental *Historia del Arte* de Perrot y Chipiez, pueden encontrarse. Allí se observa la transición entre el arte oriental y el helénico, constante en documentos de barro y de metal.

En un salón, especie de patio muy bien iluminado que almascena luz por las galerías altas, nos detuvimos, á pesar de lo medido que teníamos el tiempo para poder salir á las cinco de la tarde. Ni podía menos; ahí hay puras reproducciones; la de las cariátides divinas del Erecteión de Athenas, hecha sobre moldes directos de yeso, del tamaño original por ende; la de algunos templos antiguos y medioevales; descuella, entre todas, la del Par-

tenón (restaurado) hecha por Chipiez; ahí se comprende la dulce y tranquila emoción que aquel prodigio dórico de sencillez y de armonía debía causar en cuantos lo veían. Nada más puro, nada mejor; nada podía producir en el ánimo ese contentamiento exquisito de uno mismo que causa la posesión de la belleza, como la contemplación de aquel templo de mármol cromado y ceñido de oro, que parecía etéreo por la atmósfera de zafiro fluido que lo rodeaba y lo impregnaba, en la ciudad santa; las estrofas del himno de Renan en el Acrópolis, hechas de una prosa tan cantante como los versos de Leconte de Lisle, me venían á la memoria y á los labios.

Las figurinas en terracotta de Tanagra, allí estaban también, primorosamente copiadas. . . . Después de verlas, todo parece falto de gracia y de verdadero arte. . . . Mucho oriental, mucho griego y mucho romano había que ver, habrá que volver ¡*chi lo sá!* A la altura del piso superior y haciéndose frente, dos enormes lienzos: el *Justiniano*, inmóvil, hierático, de ojos esmaltados y embelesada figura, de B. Constans, y la *Diana* de Hans Makart, no sólo colosal sino grandioso lienzo, lleno de figuras muy bien puestas en irreprochables academias; no dice ó no me dijo nada; me gusta más este cuadro en el grabado (que es conocido) que en el original.

*

Sólo me falta para coronar la copiosa historia de mis desmanes literarios que, sin conocer la técnica del arte pictórico, como diría nuestro Peñita, y sin haber visto más que unos cuantos cuadros del Sr. Pina y del Sr. Clavé, y manoseado tres ó cuatrocientas estampas, quisiera yo sentar aquí plaza de *crítico de arte*.

No, lectores míos, dormid tranquilos, yo no quiero ser crítico de nada ni de nadie; os cuento mis impresiones, rehago este rápido viaje al través de ellas, y nada más: os diré lo que se me ocurrió acá y allá, mientras desfilaban delante de mí, ó me-

por dicho, mientras yo desfilaba delante de los cuadros de todos los pintores conocidos ó por conocer.

Todo me gustó: antes de ver los cuadros veía yo los nombres de los autores; ¡y qué lista de gloria aquella, desde Pollaiuolo, un cuatrocentista, hasta el viejo M. Harpignies, que acaba de obtener la medalla de oro en el *Salón* en París! Y en viendo el nombre, ya me gustaba la cosa. Llegaba frente á la tela, y antes de verla, me decía á mí mismo: ¡oh, admirable, admirable! Este es el diabólico efecto de nuestra educación eminentemente libresca, sin movimiento, sin viajes, sin contacto directo con la civilización. «Dijo Vinckelman, dijo Gautier, dijo Taine, dijo Fromentin, dijo Michel, dice Lafenestre, me dijo Juan Gamboa ¡oh! mi pobre y genial Juan Gamboa Guzmán! me dijo Contreras, me dijo la Sra. R. con su admirable instinto artístico. . . . Y con esto ya no sirven los cuadros, sino para confirmar opiniones.

Corría desolado de los prerrafaelitas (los verdaderos), á los prerrafaelitas de hoy (los falsos) y. . . . Necesito ir á ver á Botticelli á Roma, y á Fra Angélico á Florencia, y á Rafael á todas partes; aquí no hay nada de ellos. ¿No hay tampoco un Leonardo de Vinci, cuyos cuadros he visto largas, largas horas. . . . con la imaginación? ¡Hay quien diga que no valen gran cosa! Magnífico; á mí me horrorizan los indiscutidos, la perfección me pone nervioso! Y seguía, seguía, seguía en pos de los grandes, de los *iguales* que llama Hugo. Por ejemplo Velázquez, Rubens, dos grandes pintores, dos amigos, dos cortesanos. . . . Del primero hay aquí algunos retratos; confieso que á mí me gustan por igual los paisajes, las composiciones históricas, religiosas, de fantasía, y las militares y las anecdóticas. . . . Todas, todo. Yo soy un pintor; me falta la mano; por eso no hay cuadros míos. Pero á todo prefiero el *retrato*; por ese camino le entro yo á un artista hasta el alma; es un placer único este de conocer cuándo un retrato se parece, aun cuando no se haya visto jamás el original.

Los príncipes aquí retratados por Velázquez, me dejaron frío;

mucha ropa negra y tiesa, unas caras tiesas y negras. Su retrato sí me pareció una gran cosa, ¡y unas frutas. . . . ! ¡oh! en suma, Velázquez es para mí un pintor de frutas. ¡Pero y los Borrachos y las Hilanderas y los. . . . ! No los he visto: Velázquez es un pintor de frutas, admirable para decorar comedores. ¡Me odio á mí mismo, sólo por haberme atrevido á estampar esta herejía!

Eso se saca con admirar de antemano, incondicionalmente, por conducto de otros: desengaños. ¡Y Rubens! Tengo á la vista una Vuelta de Egipto, un retrato de la Sra. Rubens, un *Piramo* y *Thisbe*. Repitamos con Taine: opulencia de carne y de color, composición de una naturalidad completa, y sin embargo, perfectamente no vulgares; no sé si esto lo dice Taine, ya no recuerdo, pero me figuro. En estos cuadros que estoy viendo, parecen las figuras haber perdido la epidermis, y los colores, á flor de dermis, estallan en sangre y grasa. Tengo que ir á París á ver á Rubens. Queda convenido que no lo ví á él ni ví á Velázquez. Y soy más filisteo de lo que ustedes creen. Tenía yo los ojos llenos del colorido de azucena y rosa de unos retratos de Reynolds y de Gainsborough; tanta suavidad, tan láctea dulzura hay en esas pieles inglesas, tan luminosa transparencia húmeda en esos ojos ingleses, que Rubens y Velázquez me parecieron brutales. No, no: vean ustedes *la niña y el gato* de Gainsborough, y después el retrato de Baltazar Carlos no hace bien.

El ilustre Bonnat, admirador y discípulo de aquende los siglos, del gran pintor español, me diría sencilla y sinceramente: «es usted un ignorante,» ó tal vez «es usted un animal.» Hay aquí algunos cuadros de Bonnat; es la misma manera sólida que va derecha por la actitud, el colorido, el pliegue de la boca, la expresión de los ojos al carácter, al temperamento del retratado, manera que es admirable en Velázquez, sólo que Velázquez es un rey y M. Bonnat es un duque. Esta nota está tomada delante de un retrato del artista español, por él mismo, y después de admirar el «M. Lorillard» del pintor francés. Me retracto solemnemente de mi opinión: á Velázquez hay que verlo dos veces; no

sólo es un pintor de frutas, es un pintor de hombres. Ahora bien: ¿D. Baltazar Carlos es un hombre? Tampoco es una fruta.

Sigamos picoteando. He aquí una imponente galería: cuarenta ó cincuenta nombres de pintores franceses, ingleses, americanos y españoles (un delicioso *sketch* de Mariano Fortuny), todos conocidos, al pie de las telas. Aquí una inmensa: la FERIA de los caballos de Rosa Bonheur. Lo más exacto, lo más admirable de realidad, lo mejor compuesto el total; estos caballos son caballos, no son corceles que se mueven en verso; ¡hay ahí unos grupos de tordillos rodados! Dan ganas de pasarles la mano por el lustroso pelo. ¿Y aquí? ¡Ah! *C'est ici*. Bajo un cristal, un lienzo de un metro de latitud y de poco más de medio metro de altura; dentro un mundo de color y de movimiento; el cuadro se titula «Friedland 1807;» lo firma Meissonier. Costó á Mr. Hilton, el donador que lo compró á la sucesión del archi-millonario Stewart, 66,000 duros. Se sienta uno enfrente del cuadro, emplea en verlo un cuarto de hora: Napoleón hace centro; sus grandes generales hacen coro, los soldados hacen marco; aquí, hacia nosotros, los dragones que vienen pisoteando los trigales en un gran galope de carga épica, dan ganas de gritar *Hurrah*. . . . Y vuelve uno á ver á Napoleón, y repasa los mariscales y los guías y los soldados y los dragones y todo, todo está sorprendentemente estudiado y admirablemente acabado, no falta un detalle, eso es lo único que sobra, que no falta un detalle. Y vuelve uno á ver á Napoleón. Lo vería sin cansarme veinticuatro horas seguidas. Por lo demás, Napoleón es de esos hombres que cuando nos han sido presentados en el primer curso de historia, tienen el don de hacer volver siempre la vista hacia él; empieza uno en Egipto, ahí está al pie de las Pirámides, y desde ese momento, en esa gigantesca cabalgata de los siglos que vemos llegar hasta nuestro momento, en alúd, en torrente, en catarata, en río, en desembocadura inmensa en el mar del tiempo, arrastrando todos los rojos de la sangre y de la púrpura, todos los oros del poder y del vicio, todos los topacios del llanto y del vino, todos los negros del crimen y de la noche, todos los azules

de la agonía y del cielo, todas las blancuras de la carne desnuda y de los ideales sin mancha, la figura del *Corso* hace centro; parece que pasa revista á todas las batallas y que ante él se inclinan todas las banderas de todos los triunfos. ¡Mentira óptica! Fenómeno de *obsesión* de los habitantes de la *ciudad humana* en este fin de siglo; pero si yo hubiera tenido doscientos mil pesos (palabra de honor que no los tengo), habría dado 66,000 porque me hubieran dejado recortar esta figura de Napoleón y llevarmela á mi casa.

Frente del cuadro de Meissonier está «la defensa de Champigni» de Detaille. Como cuadro me hace más impresión este del discípulo que el del maestro; como hechura, como factura digo, el maestro no tiene rival posible. Por ahí anda, no muy lejos de aquí, un cuadrito de otro discípulo, «el cazador dormido» de Eduardo de Zamacois, que es una maravilla. Este sí habría llegado á codearse con el maestro de la pintura anecdótica, de *género*, como decimos; ¡pobre Zamacois!

Con franqueza os diré que las vastas telas decorativas, las que contienen asuntos históricos, sobre todo, son mi flaco; será éste un arte facticio y oratorio, pero suele ser magnífico; además, y esto sí va á escandalizaros, yo veo la historia como una ópera con que me regalo á mí mismo. Veo muy claro el escenario, las decoraciones, los escotillones, los bastidores; oigo la partitura, escucho á los cantantes, al coro: de cuando en cuando pasa por delante de mí, el zig-zag negro de la batuta. . . ¿y el director? Hay un director; no sé dónde está. Y como así veo yo espontáneamente, como así veo con mi temperamento la historia, aunque luego la reflexión y los libros me ayuden á modificar y transformar esta impresión, me encantan los cuadros históricos por más que sean pomposamente fríos como este de Piloty «Thusnelda en el séquito triunfal de Germánico», pintado expresamente para Stewart, y que todos conocemos, grabado en Alemania. No hay aquí una figura que carezca de interés: Tiberio, Germánico, sus hijos, guirnalda de flores vivas de su carro de victoria, y sobre todo la mujer del gran Hermann (Armi-

nus) la escultural, uraña y bella Thusnelda. Todo esto es en verdad teatral y facticio, pero magnificentísimo y elocuente: para proyectarlo en una pantalla por el procedimiento de Molteni en una cátedra de historia, sería de primer orden este cuadro; os convidaré, lectores, á verlo en la Escuela Preparatoria, cuando se pueda hacer algo de esto á través de los siglos.

Lo mismo digo del «Atentado de Agnani» de Maignan; así nos hemos figurado todos á aquel soberbio Bonifacio VIII que se creía no sólo jefe de la cristiandad sino emperador del Universo, á aquel á quien pregunta un colega suyo en el Infierno del Dante:

Se tu si tosto di quell'aver sazio.
Per lo cual non temesti torre a inganno
La bella donna e poi di farne strazio

y así al glacialmente feroz Nogaret y al bandido Colonna que, cuando el Papa pedía la muerte y el martirio, erguido bajo la tiara en lo alto de su solio, le contestó con una bofetada y le dejó petrificado de odio y de cólera.

Unas *mises* (españolicemos por escrito lo que en México españolizamos de palabra), unas mises que van que vuelan para pintoras, copian acá y acullá algunos cuadros, paisajes generalmente de maestros modernos, bastante mal, en honor de la verdad. Dos ó tres de ellas, en las galerías de la señorita Lorillard, estudiaban una pintura de Cabanel ¡*proh pudor!* «El nacimiento de Venus.» Tres ó cuatro telas de este artista hay aquí. Cómo debe de gustar este artista á las señoras; es un Bouguereau en crema. Este nacimiento de Venus, es deleitoso. De un baño de leche, rodeada de amorcillos, iluminada, besada por una luz de aurora color de rosa de listón de muchacha bonita, surge Afrodita mostrando todo el cuerpo musical y voluptuoso teñido de color de nácar pálido de amor. Es, como diríamos, una Venus Luis XV, pintada por un Boucher relamido y para el *boudoir* de una mujer galante. ¡Cómo me gustó! Pero cuánto más, una *Virgen y el niño*, que estaba á doscientos pasos de ahí; una de esas pinturas *incunables*, por decirlo así, como que era de Van

Eick; hasta allí fuimos á parar; remontamos á la fuente para beber en un hilo del manantial puro y fresco de donde fluyó el inmenso río de la pintura moderna. ¡Qué divina virgen, casi fea, pero indeciblemente dulce y cándida, viendo al niño como debe verse á Dios, sentada en su nicho gótico y envuelta en su manto rojo que aún conserva su brillo sanguíneo!

Me gusta mucho Cabanel y esta escuela de lo bonito; esta es la pintura melódica que canta con el color una de esas fáciles *balatas ó serenatas* que no se olvidan. Pero aquí me encuentro un italiano, Carlo Maratto—no lo conocía yo;—firma un retrato de un Papa, protector suyo, Clemente IX, que murió de pesar como Bonifacio VIII de cólera; pues me parece que yo conocí á ese Papa desde que he visto su retrato, todo lo que piensa me lo dice con sus ojos grandes y buenos, y yo doy todos los cuadros de los señores Cabanel y Bouguereau, por este retrato colorado.

Y seguí mi excursión: mira, me dijo mi compañero. Ví el catálogo: número 280 *Retrato de un hombre*, por Rembrandt van Ryn. Alcé los ojos. . . ¡Diablo!



ARTE—¿ARTE?

CLARO es que yo sabía que era una maravilla. Los hombres de mi generación nos creamos viendo en las ilustraciones como *El Correo de Ultramar* (¿vivirá todavía este viejo y divertido amigo?) reproducciones en estampas de algunos cuadros de Rembrandt, que nos parecían, v g.: *La anunciación á los pastores*, muy extraños: feas las figuras, anacrónicos los trajes, y maravilloso ese bloque de sombra de donde surgía esa gran luz; los hombres de mi generación, ya jóvenes, leímos mucho á Taine y *Les maîtres d' autrefois* de Fromentin, y sabíamos, por supuesto, quién era Rembrandt. . . leído; yo supe algo más de este caballero, porque Valentín Ulink tenía una colección sin par de reproducciones de las agua-fuertes del artista holandés, y nos pasamos muchas mañanas dominicales oyendo misa en aquel misal divino. ¡Oh! primavera, tú la que vuelves, ¡ay! la que no vuelves. . . !

Luego he visto ediciones completas de las obras de Rembrandt excelentemente fotograbadas; y la *Lección de Anatomía* y *La ronda nocturna*, y diez ó doce retratos suyos, son para todos los